

rante el vuelo resalte mas la diferencia entre ambas. Una y otra proceden, segun las circunstancias, de diferente manera para caer sobre su presa. Cuando describiendo sus círculos en las regiones elevadas atisba el ave una presa, suele abatir un tanto el vuelo como para inspeccionar mejor el objeto; de repente pliega las alas y con las garras abiertas hiende el aire oblicuamente, con un ruido muy perceptible, y se precipita sobre su víctima hundiéndole las uñas en el cuerpo. Si esta es un animal inofensivo, no mira como lo coge, pero

si es uno que puede causarla daño, no deja nunca de clavarle una de las garras en la cabeza para cegar y desarmarlo á la vez. Mi padre ha observado muchas veces el modo de atacar de un águila dorada que tenia cautiva, y copiaré aquí su excelente descripción siquiera en extracto.

«Al coger su presa, dice, el águila clava sus garras con tal violencia, que se oye perfectamente el ruido, y parece que sus dedos se crispan convulsivamente; coge á los gatos por el cuello, impidiéndoles respirar, y los devora antes que ha-



Fig. 147.—EL AGUILA DORADA

yan muerto del todo. Por lo regular sujeta con una de sus garras la cabeza de la víctima: á un gato que le eché le reventó un ojo con una de sus uñas; los dedos anteriores mantenian inmóvil la mandíbula izquierda de tal modo, que el animal no podía entreabrir la boca; la otra garra se habia hundido en el pecho. Para conservar el equilibrio, el águila extendió sus alas, apoyándose sobre la cola: sus ojos se inyectaron de sangre y parecian mayores que de ordinario, tenia todas las plumas recogidas, el pico muy abierto y colgante la lengua; reconocíase en aquel momento en el águila una rabia increíble, y desplegada toda su fuerza. Inútiles eran todos los desesperados esfuerzos del gato para escapar de su terrible enemigo; retorciase como una serpiente y extendia las patas, mas no le era posible hacer uso de las uñas y de los dientes; el animal maulló, y entonces hirióle la rapaz en otro sitio del pecho, sujetándole siempre la boca con una garra, y sin hacer uso de su pico. Pasaron tres cuartos de hora antes que el gato muriese, y durante todo este tiempo habia permanecido el águila sobre él con las garras contraídas y abiertas las alas; luego abandonó el cadáver y

se posó en su percha. Aquel largo tormento me causó tal impresión, que ya no le di ningun gato para que lo matase.»

Otros animales perecen tambien entre las poderosas uñas de estas rapaces, y resisten mucho menos que el gato. Las águilas no temen tampoco acometer á otros animales mas fuertes: se han visto algunas que arrebataron zorros. «Pobre zorra, dice á su vez Girtanner con mucha razon, cuya caza nocturna ha sido infructuosa, y que vagando hambrienta sin ver la pareja de águilas que la ha atisbado, observa, arrastrándose con atencion concentrada, una familia de distraidas gallinas; ¡pobre zorra cuando la reina de los aires con las alas plegadas, pero abiertas las garras, baja como una saeta para echarse sobre ella! Aun no ha trascurrido un segundo cuando ya el ave le ha clavado una garra en el hocico, impidiéndole hacer uso de sus dientes afilados, mientras que hincándole las uñas de la otra en el cuerpo, la oprime contra el suelo. Para conservar el equilibrio da algunos aletazos, y sin aguardar la muerte de la pobre zorra, empieza á destruirla en vida.» Ya hemos visto en el primer tomo, pág 362, que no siempre sale victoriosa el águila de semejante em-

presa, pero no puede dudarse de que se atreve á acometerla, dando asi pruebas de valor y de confianza en su fuerza, que nunca se ve mejor que cuando el animal, con la mirada chispeante, las plumas de la nuca erizadas y las alas medio levantadas, tiene sujeta á su víctima, prorumpiendo en un verdadero grito de triunfo. En tales momentos revela su aspecto tanta arrogancia y tan imponente fuerza que impresion á cualquiera. La persuasión en que está de su vigor la arrastra á veces á acometer hasta al mismo señor de la tierra,

al hombre; siendo cierto y positivo que ha atacado criaturas y llevádaslas á su nido; no faltando casos auténticos de haber acometido á hombres adultos.

«Recibi un dia, dice Nordmann, un águila leonada cuya historia es bastante singular. Hambrienta el ave, precipitose en medio de cierto pueblo, donde hizo presa de un cerdo muy gordo; como el animal comenzase á chillar, acudieron los habitantes, y un campesino ahuyentó al águila. Abandonando con sentimiento su presa, cayó la rapaz sobre un gato

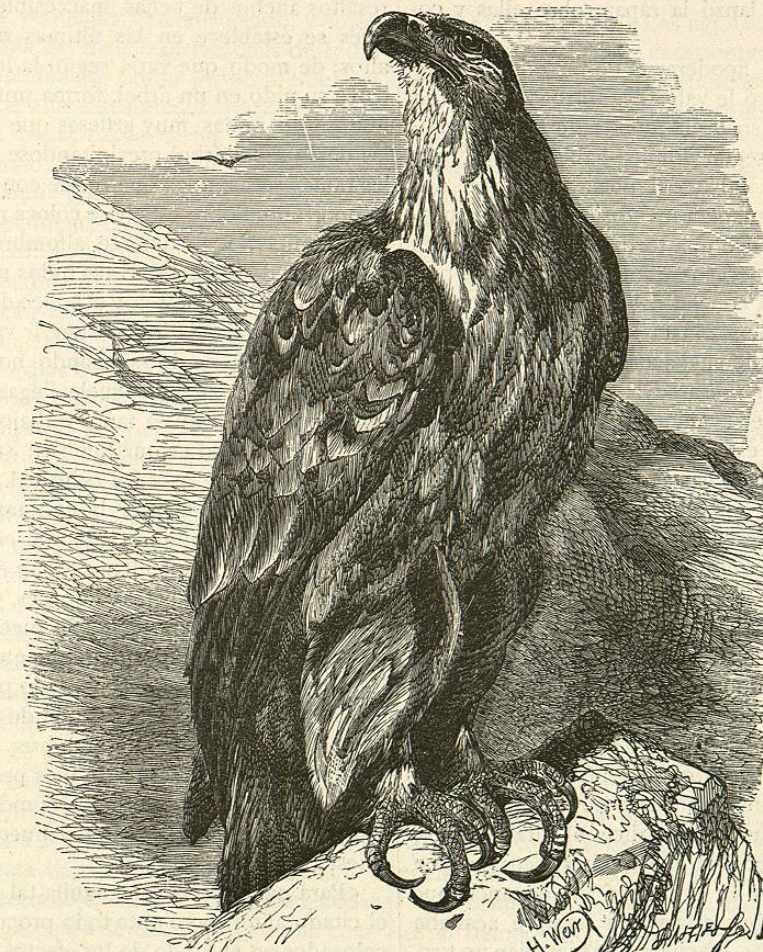


Fig. 148.—EL AGUILA IMPERIAL

y se lo llevó á una cerca para devorarlo: el cerdo herido y el felino ensangrentado formaron entonces un duo espantoso con sus dolientes quejas. El campesino quiso salvar tambien al gato; pero no osando acometer de frente á su terrible enemigo, fué á buscar la escopeta. Cuando el águila le vió volver, soltó su víctima para lanzarse contra el hombre, y entonces comenzaron á gritar los tres, el desgraciado cazador, el cerdo y el gato. Acudieron al momento otros campesinos, sujetaron al ave, atáronla y me la presentaron.»

Es muy probable que la mayor parte de los destrozos atribuidos al gipaeto, ya que no todos, sean ocasionados por el águila leonada y sus congéneres. En España se habla mucho de la osadía de esta ave, y yo mismo he visto un ejemplo que confirma cuanto se ha dicho.

Delante de la casa donde estábamos cayó un águila sobre un gran pavo, y felizmente se llegó á tiempo para salvar á la infeliz ave, mas muerta que viva. Entonces comprendí por qué se conducen de cierto modo las gallinas que viven en todas las montañas del país: las acometidas del águila leonada y del azor las han espantado de tal modo, que apenas

aparece la mas pequeña rapaz, como por ejemplo, el cernicalo, precipítanse aturridas en las casas buscando un refugio hasta en la habitacion del amo.

En todas las regiones montañosas habitadas por el águila corre continuos y graves peligros el ganado menor; porque á pesar de la mas exquisita vigilancia de los pastores, se precipita la rapaz á su vista, acosada por el hambre, sobre los corderillos y cabritos y se remonta á los aires con ellos. Así es que para los ganaderos suizos y de toda la Europa meridional no hay ave mas odiada que el águila; y les sobra la razon; porque ningun otro animal causa tanto daño como ella, y no se limita solo á robar los corderillos de nuestros rebaños, sino que, como ya dije en otro lugar, se atreve tambien con los carneros silvestres. No hay que decir que para la caza menor es peor una pareja de águilas que el mas cruel invierno.

Mucho deberíamos extendernos si se tratara de enumerar todos los animales que son presa del águila. Podemos decir que en nuestros países, las otras rapaces, las golondrinas, las aves cantoras y todas las mas rápidas; los grandes rumiantes,

los solípedos y los ungulados, entre los mamíferos, son los únicos séres que se hallan libres de las acometidas del águila; y aun de estos, solo escapan los individuos adultos, pues la rapaz no teme perseguir á los jóvenes. Al lado del nido de estas águilas, y principalmente de la imperial, llegan á fijarse varios pájaros, que no parecen molestados por su terrible vecino, aun cuando este no desprecia nunca una presa pequeña, según vemos en las siguientes palabras de Radde, que fué testigo del hecho. «Las alondras y calandrias, dice, la siguieron apenas se remontó, y al verla posarse en un montecillo, bajaron á tierra, sin manifestar la menor desconfianza; pero de repente se lanzó la rapaz sobre ellas y cogió una.»

Mi padre vió á un águila apoderarse de un erizo á pesar de sus púas: sin que tampoco le valga á la tortuga su concha dura como el hierro. «El caso de la muerte de Esquilo causada por una tortuga que, según Plinio, había dejado caer un águila sobre la cabeza calva del poeta, dice von der Muehle, no es de ninguna manera inverosímil, porque sucede á menudo que esta ave coge una tortuga terrestre y la levanta al aire para dejarla caer sobre una peña; trabajo que repite hasta que se rompe la concha del animal; entonces se posa á su lado y se la come.» Hasta los mismos animales que parecen estar al abrigo de sus acometidas en el centro que habitan, acaban por ser presa suya, por lo mucho que les cansa con su continua persecución. Así es como se apodera de las aves acuáticas: estas se sumergen; pero las acomete de nuevo repetidas veces, hasta que perdidas las fuerzas, no pueden ya refugiarse en el agua, y son arrebatadas por el águila. Otras rapaces trabajan también para ella, y con frecuencia se da el caso de que el halcón viajero se vea en la precisión de abandonarle la presa, que el águila, á pesar de su innegable orgullo, está lejos de despreciar. A veces roba la caza á la vista del mismo cazador que la acaba de matar. Habitaba una pareja de águilas comunes en un punto inaccesible de las peñas cerca de Astros en Grecia, pareja que von der Muehle pudo observar cuatro años seguidos. A poca distancia del pueblo hay un gran pantano cuyo centro viene á ser un lago que en invierno sirve de residencia á un sinnúmero de aves acuáticas. «Allí, dice el citado autor, iba yo á menudo á cazar, sucediéndome muchas veces que una ú otra pieza muerta quedaba en el lago á tal distancia que mis perros no podían ir á buscarla y que siempre acababa por servir de pasto á las águilas, las cuales, no bien oían un tiro, abandonaban el picacho en que estaban posadas para describir círculos al rededor del lago, y muchas veces se apoderaban á mi vista con un atrevimiento increíble de la pieza que acababa de derribar, sin que jamás me hubiera sido posible matarlas á ellas.» Este hecho es ya una prueba de que el águila no desprecia las presas que otros han muerto; y á esto debo añadir que también devora la carne en descomposición. No cabe duda de que prefiere animales recién muertos á los que se hallen ya en estado de putrefacción, pero la verdad es que no desprecia nada, ni siquiera vegetales, según sean las circunstancias y quizás cuando el hambre le atormenta, porque Reichenau encontró en su estómago patatas.

Antes de comerse el ave que acaba de coger, la despluma el águila toscamente; le parte el cráneo y la devora, comenzando por la cabeza, sin dejar más que el pico si son aves grandes; después se come el cuello y lo demás del cuerpo. No toca á los intestinos, y como los halcones y los azores, toma pedazos pequeños cada vez; de modo que necesita unos veinte minutos para despedazar á medias una corneja; come con mucha prudencia, y de vez en cuando mira á su alrededor. Al menor ruido se detiene, mira largo tiempo hácia el lado de donde procede, y no vuelve á comer hasta que

todo queda tranquilo. Terminada su comida se limpia cuidadosamente el pico; y parece que necesita tragar plumas y pelos para hacer lo mismo en el estómago. Cuando ha hecho la digestión, los pelos y plumas forman una especie de bola que expele el águila una vez cada cinco ú ocho días; si no la ha formado, traga heno y paja, y la arroja del mismo modo: come los huesos con gusto y los digiere completamente.

El águila anida á principios del año, ó sea á mediados ó á fin de marzo. Construye su nido en las montañas, con preferencia en sitios espaciosos y cubiertos; y cuando no, en resaltos anchos de peñas inaccesibles. En los grandes bosques se establece en las últimas ramas de los árboles más altos; de modo que varía según la localidad. Cuando construye su nido en un árbol, forma primero una armazón voluminosa de ramas muy gruesas que recoge del suelo ó bien las desgaja del árbol precipitándose desde gran altura sobre las ramas secas, á las que se ase con las garras en el momento oportuno. Sobre esta base coloca ramas más delgadas, después ramitas, y finalmente alfombra el espacio interior y muy llano de líquenes. Estos nidos suelen tener un diámetro de 1^m,30 hasta 2 metros, y el hueco del nido de 0^m,70 á 0^m,80, pero como la pareja lo hace servir varios años, va creciendo con el tiempo en altura cuando no en circunferencia, por manera que á menudo suele llegar á ser una construcción imponente. No emplea tanto trabajo el ave en los huecos de las peñas. Verdad es que también suele reunir una base de robustas ramas, y hacer el resto del modo indicado, pero según las circunstancias le bastan también ramitas. Un nido de águilas que examinó Girtanner en el Canton de los Grisones consistía simplemente en un enorme montón de ramitas delgadas de pinabetes y de arces, y tenía un metro de alto, tres de largo y dos de ancho. El hueco donde estaba colocado debía su origen al desprendimiento de una gran masa de la peña y estaba tan resguardado por arriba y por los lados que con dificultad se habría podido introducir en él una bala y mucho menos el pié del hombre; pues por delante había dejado el águila solo el sitio más preciso para poner las patas, y el montón que formaba el nido sobresalía de la peña, quedando solo en el fondo del hueco un sitio hondo para la puesta, la madre y la cria.

«Para nada necesita el águila tal montón de ramas, dice el citado autor, pero ante todo procura preservar los huevos colocados en el fondo de los efectos de la intemperie y evitar después que los aguiluchos caigan al abismo cuando están solos, pues no es presumible que intenten rebasar un baluarte tan alto y lleno de espinas; de paso abriga á la hembra, que esto no obstante, debe sufrir no poco frío, nieve y ventadas, puesto que empieza á cubrir en época tan temprana.» Los huevos, relativamente pequeños, son casi esféricos, ásperos al tacto y de color blanquizco ó gris verdoso, salpicados irregularmente de manchas y puntos de diferente tamaño de color gris y pardo y bastante mezclados. Suelen encontrarse de dos á tres, pero raras veces salen más de dos aguiluchos, y por lo común solo uno. La hembra los cubre unas cinco semanas. Los pequeños, que suelen nacer en los primeros días de mayo, están como otras aves de rapiña, cubiertos de un vello lanudo ceniciento y crecen con mucha lentitud, por manera que raras veces empiezan á volar antes de mediados de julio, y por lo regular hasta últimos de este mes. En la primera época de su vida descansan tan inmóviles sobre sus tarsos, que á no verlos mover muy de tarde en tarde la cabeza, se dudaría si están vivos ó muertos. Mas tarde se enderezan alguna que otra vez, y hurgonean mucho con su pico el naciente plumaje, que probablemente les causa picazón á medida que crece; empiezan á estirar y á mover las alas casi

desnudas como si quisieran ensayarlas; después prueban á levantarse sobre los dedos; van y vienen; se acercan al borde y dirigen miradas curiosas al abismo sin fondo, ó bien al aire para ver si vienen sus padres; hasta que finalmente abandonan el nido y se remontan al espacio. Ambos progenitores los cuidan con indecible ternura, pero la madre es la que especialmente se dedica con mayor afán á satisfacer sus necesidades. Apenas abandona el nido mientras sus aguiluchos son pequeños; los calienta frotándolos ligeramente con su cuerpo, y como Girtanner ha visto con sus propios ojos, les lleva cada día ramas frescas de arce para reemplazar las que están húmedas ó que los pequeños han ensuciado; y finalmente, les trae en compañía del macho provisiones de sobra para alimentarlos con abundancia. En su primera edad los mantiene la madre con los alimentos medio digeridos en su buche; después parte en pedacitos la carne que trae para dársela, y últimamente ambos les entregan presas enteras, dejando que se arreglen como puedan, para acostumbrarlos paulatinamente á la independencia. Esto explica por qué los viejos, por lo menos la hembra, pasan al principio tanto tiempo en el nido, y que á medida que sus aguiluchos medran estén más tiempo ausentes y se alejen á distancias siempre mayores, hasta que al fin, cuando saben que su cria tiene suficiente provision, pasan días enteros sin acercarse al nido. Entonces es también cuando este parece un matadero lleno de huesos y piltrafas, porque si los viejos se muestran muy solícitos en renovar el material del nido, no lo son respecto á los restos infectos de las víctimas que llevan para alimentar su cria, ni hacen el menor caso de las innumerables sabandijas que allí se crían ó acuden, dejando á sus aguiluchos con la mayor indiferencia en medio de tanta y tan hedionda porquería.

Bechstein da una idea del número de víctimas que han de perecer para que vivan dos aguiluchos. Dice que se encontraron al rededor de un nido los restos de cuarenta liebres y de trescientos patos. Será tal vez exagerado, pero no deja de ser cierto que una pareja de águilas causa terribles destrozos entre los animales de la comarca en que vive; debiendo entenderse por comarca un área muy considerable, puesto que se ha observado que iban á buscar garzas á veinte y treinta kilómetros de distancia para llevarlas á sus pequeñuelos.

En otro nido que inspeccionó el cazador Ragg, haciéndose bajar á este efecto desde la cresta de una peña con una cuerda, encontró un chotito de gamuza entero, del cual quedaba solo una cuarta parte, y además los restos de una zorra, de una marmota y de cinco liebres alpinas. Para el ganado menor es el águila una verdadera plaga en la época de su cria, y no es extraño que los ganaderos hagan cuanto pueden por exterminar tan terribles ladronas.

CAZA.—Es menester ser excelente trepador de montaña y tirador consumado para cazar al águila común, porque esta ave solo se deja acercar y sorprender en sitios donde no ha sido atacada todavía, y este caso es muy raro. Casi siempre es recelosa y en extremo precavida desde sus primeros años, cualidades que aumentan con la edad y la mayor inteligencia. Distingue muy bien al cazador del individuo inofensivo, porque huye del hombre armado apenas le columbra á gran distancia, mientras que roba tranquilamente el rebaño á la vista del pastor; si bien prefiere por lo regular no exponerse ni fiarse de una seguridad incierta y por lo mismo frecuentemente engañadora, salvándose siempre á tiempo. Ni olvida ser cauta en el mismo nido, y cuando se le ha matado la pareja, puede decirse que ya no hay medio capaz de alcanzarla. El mejor modo de cogerla es atraerla con carnada, solo que se necesita mucha paciencia para pasar largo tiempo acechándola en una choza vecina y bien disimulada. Prefiere la caza

muerta á toda otra carne. Si se coloca junto á este cebo un buho vivo y el cazador aguarda en acecho bien oculto, puede contarse con mucha seguridad con que el águila se pondrá á tiro. Así me lo ha aseverado el príncipe heredero Rodolfo de Austria, uno de los cazadores de águilas comunes más apasionados y más felices, cuya experiencia en este punto excede á la de muchos cazadores encanecidos; pero con todo, es siempre más fácil coger el águila con armadillos y trampas, pues un hierro bien cebado es casi infalible, y también se saca buen partido de la red, que es el medio usado en China para coger estos animales.

CAUTIVIDAD.—Las águilas se domestican muy pronto cuando son pequeñas: acostúmbranse á su amo; manifiestan impaciencia cuando están mucho tiempo sin verle, y le saludan con gritos de alegría cuando llega, sin ser nunca peligrosas para él.

Por lo general suelen también portarse bastante bien en compañía de otras de su especie, al igual de otras aves grandes de rapiña, con tal que estén convencidas de que aquellas no las temen. Sin embargo no hay nunca que fiarse de ellas como tampoco de otra ave de rapiña cualquiera; sobre todo no pueden dejarse juntas encerradas en estrecho espacio y sin vigilancia cuando son jóvenes, puesto que les falta el conocimiento y podrían por pura ignorancia atacarse mutuamente y si una sucumbe comérsela la otra; caso que no es tan de temer entre las viejas aunque se les agreguen otras aves de rapiña más pequeñas, siempre que tengan espacio suficiente, porque las salva á estas su mayor agilidad de cualquiera agresión que pudiera proceder de aquellas. Los mejores compañeros de las águilas son sin duda los buitres, cuya torpeza permite á aquellas apoderarse á tiempo de los mejores bocados, mientras que su fuerza imponente les causa desde el principio el respeto debido. Poca mella hace en estas rapaces la intemperie, pero no obstante necesitan á la larga un albergue formal si han de vivir cómodamente, y al cual puedan retirarse cuando les parezca. Verdad es que se las ve posadas en las ramas más altas del árbol que hay en la pajarera, aun haciendo el frío más rigoroso y hallándose expuestas al viento más violento, pero también se observa que otras veces se esconden para ponerse al abrigo de las inclemencias de la atmósfera.

Su comportamiento indica bastante cuán desagradable les es el tiempo frío, húmedo y lluvioso, pues al paso que se mueven y gritan mucho y á menudo cuando hace sol, permanecen cuando llueve largo rato inmóviles en un mismo sitio, con visible expresión de mal humor. En cuanto á su alimento no son difíciles; toda clase de carne les conviene, y lo mismo devoran caza de pelo que de pluma; lo que sí necesitan es abundancia de agua pura para beber y mas aun para bañarse, porque son aves muy limpias que no soportan porquería alguna ni en su pico ni en su plumaje, que arreglan continuamente.

Cuando se cuida bien á estas aves soportan la cautividad durante varios años. «En el castillo imperial de Viena, cuenta Fitzinger, se conservan águilas vivas, obedeciendo á una costumbre antigua de la casa de Hapsburgo: un águila dorada vivió desde 1615 á 1719, y en 1809 murió en Schoembrun otra que había estado cautiva cerca de ochenta años.»

USOS Y PRODUCTOS.—Pallas y Eversmann nos dicen que los baschkirs adiestran águilas comunes y doradas para cazar; yo mismo las he visto en mi viaje á Siberia y Turkestan y oído de boca de los kirguises, que son los que más las emplean, respecto á sus usos y enseñanza lo que sigue: Los cazadores kirguises que se sirven del águila para cazar, la sacan tan joven como sea posible del nido y la educan